

IV. RESEÑAS

MEDIEVAL WOMEN'S VISIONARY LITERATURE*

(Edited by Elizabeth Alvilda Petroff)

Oxford University Press

Oxford & N. York, 1986, 402 págs.

En su antología de textos místicos y devocionales escritos por mujeres medievales —y ocasionalmente por sus biógrafos— Elizabeth Petroff nos abre una amplia perspectiva sobre la realidad de las mujeres y su papel en la vida social y religiosa, sobre la importancia que al escribir sus experiencias tuvo para tantas mujeres que fueron monjas, damas casadas, beguinas o herejes durante la Edad Media europea.

Elizabeth Petroff propone una selección cronológica de textos escritos particularmente en el Norte de Europa y en Italia, y que van desde el siglo XIII al siglo XV. Estos textos están en cada caso precedidos por un excelente estudio introductorio y por un capítulo especial dedicado a la obra de dos mujeres de la primera época del cristianismo, Santa Perpetua (m. 203 d.C.) y Santa Macrina (m. 379 d.C.); ellas están entre las primeras mujeres identificadas como escritoras en el mundo cristiano.

A partir del siglo XIII vemos que muchas mujeres —reinas, damas nobles, abadesas— se dedicaron a promover y dirigir la instrucción de niños y jóvenes en las escuelas monásticas dependientes de sus conventos. Es interesante constatar que durante los siglos de la alta Edad Media, la así llamada “Edad Oscura”, el papel protagónico de las mujeres en la vida política y eclesiástica fue muy importante y fue explícitamente reconocido. Así lo atestigua, entre otros textos, la biografía de Santa Leoba, la monja inglesa del siglo VIII que colaboró con San Bonifacio en la evangelización de Alemania; llegó a ser abadesa de Tauberbischofsheim y era reconocida su sabiduría y su autoridad; Carlomagno y su reina Hiltigard la invitaban frecuentemente cuando la corte se hallaba en Aachen.

De acuerdo a Elizabeth Petroff, el protagonismo de las mujeres, esencialmente en la vida eclesiástica, se debilita a partir del siglo XII. Se puede suponer que esto tiene relación con el progresivo reforzamiento de la enseñanza que se impartía en las escuelas catedralicias, y con la importancia que fueron adquiriendo las ciudades como centros de atracción: estas escuelas dependientes de una catedral estaban por definición a cargo de los clérigos ligados a la administración diocesana y así, progresivamente, se fue estableciendo la institución universitaria como un campo de acción básicamente masculino, relacionado con la ciudad y no con las antiguas órdenes y conventos femeninos, habitualmente rurales o semiurbanos.

En medio de las dificultades de esa época de transición nos encontramos con textos tan importantes como los de Hildegarda de Bingen, la monja benedictina que vivió entre 1098 y 1179; entre sus numerosas obras, que completan un volumen de la *Patrología latina* de Migne, se encuentran cartas, canciones, visiones, profecías, una obra dramática, e incluso, un manual de medicina. Su autoridad fue amplia-

*Reproducimos esta reseña que por un error se publicó en el número anterior de nuestra revista sin mención de su autora.

mente reconocida desde el Papa y San Bernardo de Clairvaux hasta los campesinos de Bingen, y a pesar de que tenía dificultades para escribir, componía oralmente y dictaba a sus amanuenses. Su vida religiosa comenzó cuando tenía siete años, y tuvo conocimiento de las ciencias naturales, de la literatura latina clásica, de la filosofía neoplatónica y, por cierto, de las Escrituras; inició su principal obra, visionaria y autobiográfica, el *Scivias* (conoce los caminos 'del Señor') a los 42 años, y en su introducción relata su vocación a la escritura.

“Cuando estaba temblando en mi temerosa anticipación de una visión celeste, vi una gran luz a través de la cual escuché una voz del cielo que me decía: “Oh tú, frágil hija de la tierra, ceniza de las cenizas, expresa y escribe lo que ves y escuchas. Tú eres tímida, tímida en el habla, simple en la explicación, no instruida para escribir, pero expresa y escribe, no de acuerdo con el arte sino con tu habilidad natural, no bajo la guía de la composición humana sino bajo la guía de lo que ves y escuchas en el cielo divino”.

Hacia finales del siglo XII y ya en plenitud a partir del siglo XIII, se hace presente en toda Europa un importante fenómeno social y religioso: muchas mujeres iniciaron una búsqueda personal intentando llevar una vida espiritual y religiosa más perfectamente de la que las condiciones habituales del matrimonio y del trabajo les permitían. Las antiguas órdenes religiosas no alcanzaban a aceptar a todas las mujeres que postulaban a ellas, y por otra parte no respondían, en muchos casos, a las nuevas necesidades espirituales de esas mismas mujeres.

Para Elizabeth Petroff parece claro que existió un verdadero movimiento de mujeres, y que ese movimiento planteó dificultades y dilemas a la iglesia institucional. Así, por ejemplo al no tener cabida en las órdenes existentes, al querer crear un nuevo modelo de vida religiosa, se dio el caso de numerosas mujeres que gravitaron hacia los grupos y comunidades heréticas que surgieron más o menos simultáneamente en toda Europa, y en muchos casos, sus enseñanzas y su espiritualidad tuvieron gran influencia en sus respectivas comunidades.

Mas, en general, muchas mujeres desearon llevar una vida de auténtica pobreza evangélica, de trabajo manual, con oportunidades de recibir instrucción y de discutir asuntos espirituales. Tendieron, pues, a agruparse en comunidades que asumían votos temporales y que no exigían la vida de clausura. Éste es en términos muy generales lo que podríamos llamar el “programa de vida” de las beguinas del Norte de Europa, de los Umiliati italianos y de los primeros seguidores de San Francisco y de Santo Domingo en Italia.

El término “beguina” (bigardo para los hombres) se originó probablemente como sobrenombre peyorativo de una “mujer hereje”, quizás en relación con la secta de los Albigenses o con el color de las ropas que solían usar. Este movimiento —mayoritariamente femenino— nunca llegó a “codificarse” ni se identificó con líderes individuales y perduró en el norte de Europa (particularmente en la zona de Lieja) hasta la Revolución Francesa.

En este ámbito de la espiritualidad beguina, Elizabeth Petroff presenta la autobiografía de Hadewijch de Brabante, quien vivió en la primera mitad del siglo XIII. Existe muy poca documentación sobre su vida; sabemos que llevó una vida de beguina en Amberes y que sus escritos fueron más conocidos y difundidos en el siglo

xiv que durante su propia vida. Por esos escritos se puede colegir que tuvo bastante instrucción en latín, en las reglas de la retórica, en numerología, astronomía y música. Su vocabulario es por lo demás muy cercano al de la poesía cortesana y la literatura caballeresca y escribió cartas, visiones y numerosos poemas.

Así dice en su séptima visión, sobre la Unión Eucarística:

“Un cierto domingo de Pentecostés tuve una visión al alba... mi corazón y mis venas y todo mis miembros temblaron y se estremecieron y, como a menudo me sucedía, me asaltaron el miedo y la locura de no complacer a mi Amado y de que mi Amado no cumpliera mi deseo, y de morir enloquecido y de enloquecer muriendo”.

En el mismo siglo xiii tenemos también un centro importante de espiritualidad femenina en el convento benedictino de Helfta, en Alemania. Ante la presión eclesiástica por regularizar la actividad de las beguinas, varias órdenes religiosas tomaron ciertas responsabilidades por sus comunidades, protegiendo y acogiendo ocasionalmente a sus miembros. Entre estas órdenes, las benedictinas de Helfta tuvieron una importancia excepcional. El monasterio fue gobernado por abadesas de gran prestigio y en él las novicias eran instruidas en las artes liberales —el trivium y el quadrivium— y realizaban estudios teológicos, con una consideración especial de las obras de San Bernardo. Pero, además, las nuevas tendencias devocionales, muy cercanas a la espiritualidad beguina, estaban también presentes en la enseñanza del monasterio.

Entre los textos de las religiosas que allí vivieron o fueron abadesas, encontramos de particular interés “La Luz que emana de la Divinidad”, de la beguina Mechtilde de Magdeburg (1207-1288), quien se refugió en Helfta en los años de su vejez, y completó allí esta obra autobiográfica que había escrito a lo largo de varias décadas.

Llama la atención el carácter dialogante y fluido de las voces que hablan en sus escritos. En su introducción, la voz de la autora y la voz de Dios se alternan sin transición marcada.

“Este libro debe ser gozosamente recibido porque el mismo Dios habla en él.

Ahora envío este libro como un mensajero, a todos los hombres espirituales, buenos y malos (...). Este libro me proclama a mí solo y muestra mi santidad con alabanzas”.

También en el sur de Europa encontramos en este mismo tiempo una gran actividad religiosa, y muchos signos de una renovación espiritual de los laicos que fue acogida más bien con temor por la jerarquía eclesiástica.

Relacionado con estos movimientos de pobreza evangélica y de comunidad de vida, de oración y de trabajo están, por cierto, los franciscanos y los ya mencionados umiliati de Lombardía, organizados luego por el papa Inocencio III en distintos tipos de órdenes.

Entre las numerosas mujeres que participaron en esta renovación espiritual en Italia tenemos a Santa Clara de Asís, Santa Umeltà de Faenza y a la beata Angela de Foligno.

Angela de Foligno (1248-1309) fue una mujer casada que se relacionó tempranamente con la espiritualidad franciscana y que entre 1290 y 1296 dictó sus

experiencias y visiones al sacerdote franciscano Fra. Arnaldo, su tío y confesor. Su autobiografía, titulada en latín *Liber de Vere Fidelium Experientia* fue muy leída y circuló ampliamente durante su vida, en numerosas copias.

Angela identifica claramente su camino de perfección con la renuncia a los bienes materiales y a los lazos afectivos. Sorprendentemente, dice haberse alegrado de la muerte de su madre, de su marido y de sus hijos, ocurrida dentro de un plazo breve de tiempo, puesto que ella había rogado a Dios le permitiera dedicarse exclusivamente a Él.

Pero, además, Angela es representativa entre las místicas medievales por la importancia y el alcance de sus visiones de la Pasión de Cristo, un tema recurrente en la literatura devocional y visionaria.

El sufrimiento físico y la identificación total con el Cristo en la cruz, victimizado, es una de las experiencias importantes y significativas de la espiritualidad femenina: el paso siguiente, para Angela de Foligno, es el reconocimiento del sentido del sufrimiento de Cristo —su amor por las creaturas y su salvación.

De las visiones de la Pasión se desarrolló también entre algunos místicos un tema particularmente complejo, el de la *maternidad* de Cristo. Para Elizabeth Petroff se pueden resumir así los estereotipos de la maternidad en los escritores medievales: la mujer es generadora (el feto se crea de su propia materia) y sacrificial en su generación, por los dolores del parto; la mujer es amante y tierna, y no puede dejar de amar a su propio hijo; la mujer es nutriente y alimenta a su hijo con su propio fluido corporal.

En la segunda mitad del siglo XIV encontramos en Juliana de Norwich a la principal exponente del pensamiento sobre la maternidad de Cristo, presente ya en los Padres griegos y en escritores monásticos del siglo XII, como San Anselmo.

Juliana (1343-1413) vivió recluida cerca de la iglesia de St. Julian de Norwich y tuvo sus primeras visiones en 1375, a los treinta años de edad. Su libro de revelaciones —*The Showings*— existe en dos redacciones, una breve y otra más extensa, con comentarios sobre sus visiones y experiencias místicas. A través de esos comentarios, Juliana revela sus preocupaciones religiosas y, sobre todo, nos muestra su proceso de comprensión de las visiones que experimentó. “Lee” cada una de ellas como un drama alegórico en que cada detalle, gesto y color es significativo.

El tema de la maternidad de Cristo tiene su mayor desarrollo en *The Showings* y para Juliana, ésta es una de las relaciones afectivas que son propias de Dios. Cristo “engendra” a las almas que se salvan, las encierra en sí como una madre, por otra parte, las almas son permanentemente generadas por Dios y “alimentadas” por el mismo Cristo con su sangre salvadora:

“Nuestro Salvador es nuestra verdadera Madre del cual nacemos permanentemente y de cuyo interior nunca saldremos”.

En definitiva, el libro de Elizabeth Petroff representa un aporte documentado y consistente al conocimiento de las mujeres medievales, y de sus experiencias religiosas a través de sus propios escritos. Resultan de particular interés temas tales como la importancia de la escritura como método de conocimiento, la valoración del celibato como fuente de autoridad para las mujeres y la relación amorosa con Cristo y la asunción del sufrimiento y aun de la violencia como experiencia inseparable del amor.

Si bien esta antología excluye por cierto los escritos de tema “profano” y la poesía

secular escrita por mujeres, estos testimonios autobiográficos, cartas y narraciones visionarias resultan una expresión particularmente directa y reveladora de la realidad y las preocupaciones de las mujeres a lo largo de siete siglos de historia.

María Eugenia Góngora
Universidad de Chile